

EL CURSO DE LA H U E L L A

M U S E O
Casa de la Memoria

EL CURSO DE LA H U E L L A

50 52 TMX 48 46 TMX ← → 44 42 TMX 40 38 TMX ← 36 34 TMX 32 30 TMX

*Representaciones de
lo cotidiano en los
archivos de derechos
humanos*



PRÓLOGO

Saber para qué sirven los archivos y conocer qué información guardan y transmiten, comprender que poseen todo un entramado cultural, nos obliga a preguntarnos cómo nos acercamos a ellos, cuál es el tipo de actualidad que damos al pasado contenido en estos. El acercamiento a los archivos nos permite develar hechos pasados, o por lo menos descubrir indicios, producir conjeturas, aproximaciones y pensar cosas. Ese acercamiento al pasado no es únicamente evocativo, como sucede cuando retomamos los objetos de la infancia, al pasado también se accede por medio de los archivos, que son como un yacimiento precioso de materias primas inexploradas. ¿Cómo podemos explorar esta acumulación de materia prima?

A diferencia de la acción verbal y no verbal, que es efímera y desaparece a medida que se produce, la durabilidad física de objetos, artefactos y documentos les permite pasar de una persona a otra y de un lugar a otro durante largos períodos de tiempo. Sin embargo, el hecho de que los documentos y artefactos puedan extender el rango temporal y espacial de la transmisión humana, no significa que son el único recurso

disponible para satisfacer esta necesidad. La tradición oral y ritual puede cumplir una función similar. La ritualidad y la oralidad, las creencias e ideas que tienen en común un grupo de individuos crean sentido, solidaridad y comunidad, lo cual permite que muchas personas y organizaciones actúen colectivamente para mantener registros del pasado.

Explorar los contenidos de los archivos y de los registros colectivos del pasado, utilizando métodos no tradicionales de investigación, penetrando más allá de los testimonios habituales y de los discursos tradicionales, para lograr atrapar lo subyacente en todos los testimonios y discursos, la historia de personas del común, de las personas que no saben que hacen historia, es la vía más adecuada para acceder a esa acumulación de materia prima, como un método artesanal de exploración.

Las actividades de los archivos y los museos se entrelazan y al mismo tiempo pueden conversar con organizaciones, colectivos e individuos que también poseen un registro histórico de la cotidianidad. El archivo personal de Jorge Tiscornia y una muestra fotográfica del artista Fernando Cuevas Ulitzsch se presentaron en el Centro de Recursos para la Activación de la Memoria (CRAM) en la exposición *El Curso de la Huella*. Esta muestra museográfica trasciende las tareas inmediatas de documentación, educación, enriquecimiento e investigación, para ayudar a sustentar y transmitir tradiciones y valores culturales.

Adriana Valderrama
Directora Museo Casa de la Memoria

ÍNDICE

EL CURSO DE LA HUELLA

Representaciones de lo cotidiano en los archivos de derechos humanos

Museo Casa de la Memoria 7

ALMANAQUE

4.646 días de encierro

Museo Casa de la Memoria 9

ALMANAQUE

Jorge Carlos Tiscornia Bazzi 15

REGISTRAR LOS DÍAS PARA NO OLVIDAR UN ARCHIVO PERSONAL PARA LA MEMORIA DE LA HUMANIDAD

Luis Carlos Toro Tamayo 28

RESONANCIAS

José Pedro Charlo 37

EL ALMANAQUE: UN DOCUMENTAL PARA LA RESIGNIFICACIÓN DEL TIEMPO

Ana María López 42

HECHOS DE EXISTENCIA

Museo Casa de la Memoria 47

II

Fernando Cuevas Ulitzsch 52

LA VORÁGINE, EL MIEDO Y EL MILENIO

Ana Daza 59

EL CURSO DE LA HUELLA

*Representaciones de lo cotidiano en
los archivos de derechos humanos*

Las huellas humanas marcan el paso del tiempo, son gestos estéticos y antropológicos que dibujan la trayectoria de lo cotidiano, la existencia en lo íntimo y lo público. En su soledad la huella no comunica, pero se convierte en signo cuando alguien la encuentra. Allí la huella representa algo, cobra vida y toma sentido.

Desde las marcas en tablillas de barro o papelitos de tabaco, hasta los instantes de luz atrapados por el lente fotográfico, seres de todas las épocas han intentado luchar contra nuestra irremediable mortalidad.

Almanaque presenta las huellas del confinamiento al que estuvo forzado Jorge Tiscornia durante la dictadura militar Uruguaya entre 1973 y 1985. Como un acto necesario para afirmar su existencia, Tiscornia registró día a día desde su celda, en papel de tabaco, los interminables 4.646 días de prisión. Cuando las evidencias de su encierro salieron a la luz, fueron valoradas como archivo para esclarecer la vulneración de los derechos humanos durante la dictadura.

Hechos de existencia es una muestra de fotografías del artista Fernando Cuevas Ulitzsch de barrios periféricos en Medellín, Bogotá y Cali, a finales de los noventa y principios de los dos mil. En estas fotografías las huellas humanas aparecen como expresiones de la vida, del morar, de la cotidianidad de aquellas personas que habitaron estos barrios y sus laberintos. Hoy, estas imágenes conforman un archivo fotográfico que nos hace pensar qué tan lejos o cerca estamos de nuestro pasado reciente.

El curso de la huella reunió estos dos archivos en una muestra expositiva que tuvo lugar en el Centro de Recursos para la Activación de la Memoria –CRAM– del Museo Casa de la Memoria, como una invitación a repensar los archivos no solo como fuentes para la historia sino también como objetos que, al ser expuestos, invitan al diálogo, al intercambio de experiencias.

Una oportunidad para evidenciar la necesidad de entender los archivos como espacios abiertos y dinámicos; archivos vivos que al desplazarse de un lugar a otro, de una sociedad a otra, de un formato a otro, generan cambios de signos e inauguran otras posibles transformaciones.

Documentos que nos hablan para interpelarnos, documentos incompletos que nos invitan a abordarlos desde nuestro presente, para reconocer puntos de encuentro y construir nuevos conocimientos; para contemplar cómo las huellas de lo cotidiano devienen como curso de otras historias.

AL MA NA QUE

K K K K K K K K

4.646 DÍAS
DE ENCIERRO





ALMANAQUE

4.646 días de encierro¹

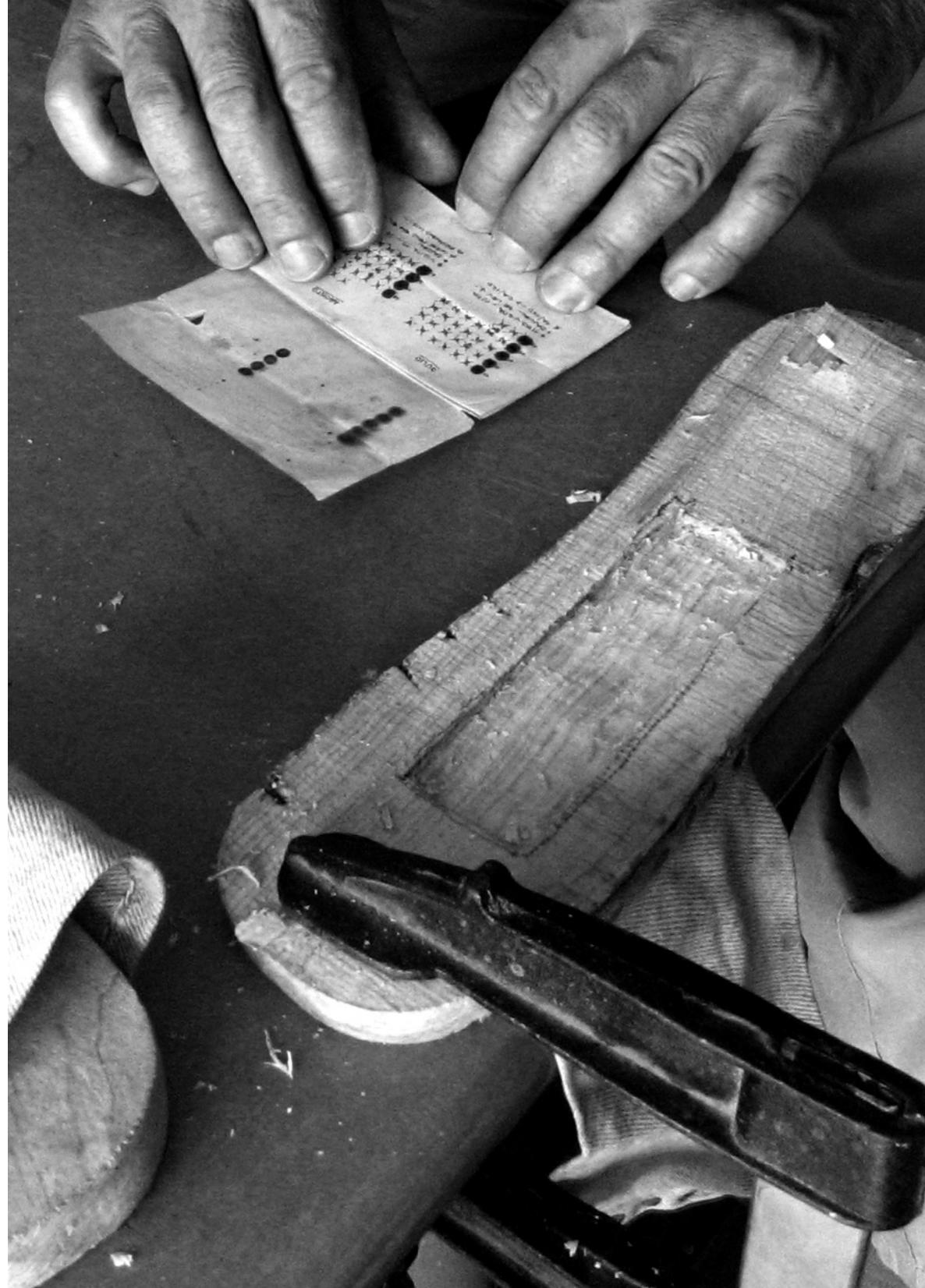
En papel de tabaco, Jorge Tiscornia registró las huellas de sus vivencias durante los 4.646 días que estuvo recluido en el Penal de Libertad, como consecuencia de la represión y la persecución política instaurada por la dictadura militar en Uruguay. En estos pequeños papeles, esbozados a manera de almanaque, registró el conteo de los días y sintetizó los hechos que consideraba más importantes como forma de ordenar el correr del tiempo en el Penal.

Tiscornia, nacido en Montevideo en 1944, estudió arquitectura y fue militante del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), conocido como “Tupamaros”. Siendo opositor político del régimen fue detenido por las fuerzas del Ejército y encarcelado en junio de 1972, situación en la que permaneció hasta marzo de 1985.

El Almanaque da cuenta de cómo la condena a vivir en una sucesión de días repetidos talla una grieta entre la cotidianidad arrebatada y la cotidianidad que es obligada a moldearse en la monotonía. Esta muestra recogió su calendario junto con las fotografías que, días antes de su liberación, realizó de su celda, el interior del penal y el paisaje de la Pampa uruguaya que se anunciaba desde el encierro como promesa irrenunciable.

El archivo de Tiscornia, que reúne las huellas de resistencia al encierro impuesto, es manifestación del impulso vital que insiste en dar cuenta de la existencia. Hoy es reconocido como Patrimonio Documental de América Latina y el Caribe por el Comité Regional para América Latina y El Caribe para el Programa Memoria del Mundo (MoWLAC).

¹ La itinerancia de *El Almanaque* en el Centro de Recursos para la Activación de la Memoria – CRAM- fue posible gracias a la alianza entre el Museo Casa de la Memoria, la Línea de Investigación Memoria y Sociedad de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquía y la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana.



ALMANAQUE.

Jorge Carlos Tiscornia Bazzi².

Almanaque. (Del ár. hisp. almaná, calendario, y este del ár. clás. munā, alto de caravana, porque los pueblos semíticos comparaban los astros y sus posiciones con camellos en ruta).

Se han cumplido ya, cuarenta y cinco años de los comienzos de mis almanaques.

La caravana -mi caravana- sigue en la ruta.

Llevo en mis alforjas un montón de pequeños y viejos papeles. Marcas.

Estrellas. Sogas amarradas.
Solsticios y equinoccios. Ansias de cielo. Tumbas recién cavadas.
Hambrunas. Inundaciones.
Cicatrices. Números. Claves.

Registros.

Hilvanados con empecinamiento. Con premeditación. Con ocultamiento.

Cotidianos, sin plena conciencia.

Necesarios sin dudas.

² *Arquitecto y fotógrafo. Estuvo preso en el penal de la ciudad de Libertad desde 1972 hasta el retorno de la democracia, en 1985.*



Parches al olvido. Sanaciones para la memoria.

Lupa antigua para ojos jóvenes.

Resistencia imperiosa.

Clandestinidad.

Trazos hechos en el viaje. Larguísimo viaje. En compañía, por suerte en compañía.

Apuntes.

En este alto, en esta parada, los sacaré por última vez.

Ya no hay urgencias ni ocultamientos.

Estamos en la hora de la exposición -de mi exposición-, pero también de la multiplicación.

Fin de la privacidad, inicio de la multiplicidad. Ojos y mentes mirando, buscando, rescatando.

Escucharé con atención sus puntos de vista, responderé a las preguntas, las haré mías.

Descifraré para ustedes mis claves, las que recuerde, pues también he sido víctima de mis propias picardías. Les mostraré lazos, dolores, conexiones.

Miraremos estrellas conocidas, y nos perderemos en el universo inasible. Con ustedes volveré a temerle a la oscuridad y sin embargo encontraremos claves, escondites, pliegues donde escribir y plantar la resistencia. Pequeños granitos de arena.

Sé que sólo es un alto en la caravana.

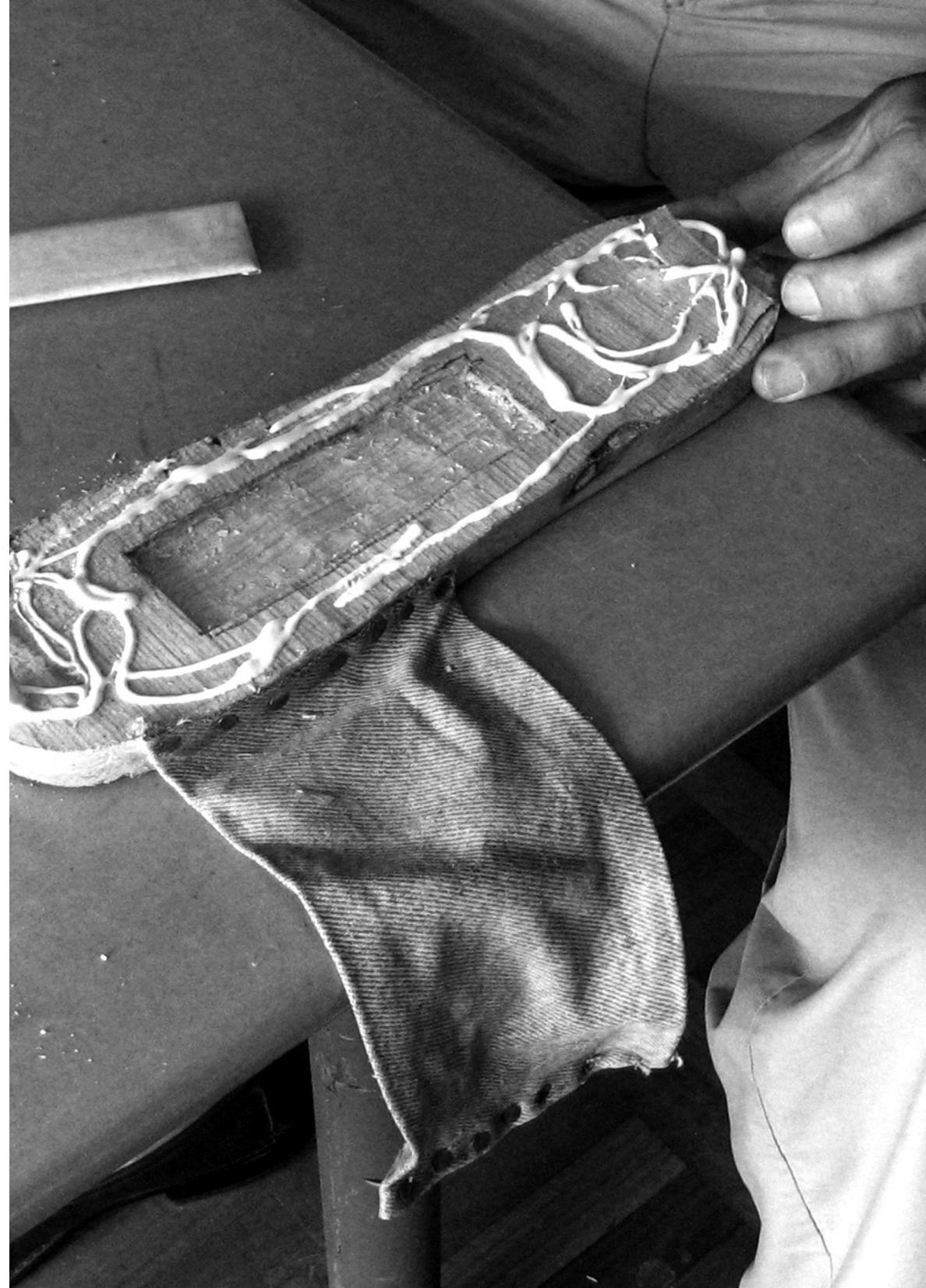
Por esta vez yo leí a quienes me anteceden y sé que no podré eludir sus inquietudes, sus deseos, sus preguntas. Ojalá pueda ofrecerles respuestas en cualquier otro alto en el camino.

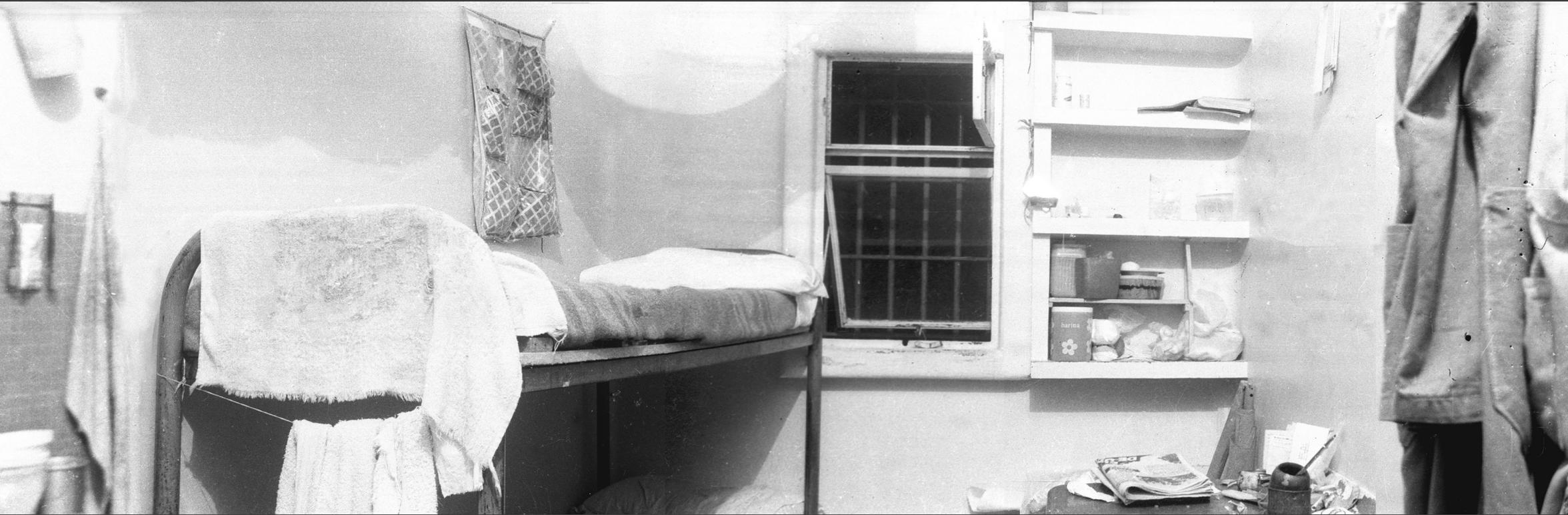
El fuego en la noche nos creará el espacio.

En vuestras manos quedan nuestros días.

Sin tener plena conciencia, solo vislumbrando el camino, sensibilidades amigas me llevan a un valle regado por un río.

Lejanas tierras, de historias y conflictos prolongados apenas conocidos, en momentos fermentales de transición a la paz.







La caravana continúa...

Los papeles con mis anotaciones, con los signos, con las claves, solo cubrían una cuarta parte de esa historia.

La pregunta surgía espontánea y rápidamente: ¿de qué podría servir el contenido de mis alforjas?

El camino siempre es tentador, absorbente, lo seguí, pensando en la próxima parada.

Al llegar, la naturaleza me sorprendió; el valle, el río, su gente, me atraparon.

Rodeado de amables preguntas vi cómo se transformaban los pequeños papeles en Memoria.

Y ésta, se mostraba colectiva, multifocal, cambiante, necesaria, e imprescindible.

Al borde del agua, enigmático, tentador, como una caparazón, el edificio del Museo Casa de la Memoria nos esperaba lleno de calidez y amabilidad.

Pasé por su portal abandonando el día y apretándome en las sombras, para descubrir que eran portadoras de infinita Memoria desplegada con inteligencia, con técnica, con sensibilidad y profesionalismo.

Nuevamente surgió la duda: ¿de qué podrá servir el contenido de mis alforjas?

De todas formas anduve el camino, y la multiplicación, entrevista hacía

un tiempo, se presentó concreta, tangible, amorosamente instalada, y acompañada de mucha emotividad plasmada en papel fotográfico.

Nuevamente caminaba en compañía. El ojo y la sensibilidad de Fernando Cuevas compartía *El curso de la huella* y la ronda junto al fuego.

La distancia había sido vencida. La cultural, la generacional, la histórica, la tecnológica, todas las distancias dejaron paso a la multiplicación. Espléndidamente concretada, profesionalmente plasmada; la sentí propia.

El fuego en la noche creó el espacio y me adentré en él.

Prontamente el círculo del diálogo quedó instalado y fue fermental.

La Memoria como el fuego se posó en el centro del círculo, nos abrigó y nos convocó a la vez.

¿O es que Memoria y fuego son la misma cosa? Desde rescoldo escondido a llamarada incontenible, o rayo impactante, pasando por infinitos intermedios.

¿Empezó la Memoria con el fuego, con su domesticación? ¿Se fundió con él?

Ambos necesitan del cuidado, tozudo, permanente, atento, sensible, sin prisas, sin pausas.

¡Colectivo!

¡Cuidemos la hoguera!

Sé muy bien que lo hacen –lo hacemos–, transportando el fuego por el camino con infinito cuidado, con certeza de destino.

A sabiendas que la Memoria, que es fuego, es a la vez la flecha y la diana.

Hay que proyectarla para construirla y siempre inacabada recorrerla abriendo nuevos puntos de vista, camino a la diana. Sólo en camino, siempre en camino. Parada a parada.

No hay final, sólo paradas, si lo recorreremos en ancas de lo colectivo.

Con sorpresa de niño, tras la confirmación de hermandad, me dejé adentrar en vuestra caparazón de la Memoria, descubriendo otra cara de mi memoria, y ambas son sólo ínfimas facetas alejadas en el espacio, puestas en foco, de las infinitas de la Humanidad.

Y luego me enseñaron el camino a las universidades. El mismo centro, el mismo fuego. Siempre renovado interés. Fue fácil acompasar el paso, compartir prioridades, reflejar coincidencias, proyectar nuevas paradas.

Fue fácil cambiar de interlocutores, –¿realmente cambiaban?–, de rostros, de edades, de inquietudes, pues todos eran postulantes a llevar el fuego, los intuí portadores.

Hoy siento, –lo tengo integrado con los años–, el pasaje de mis papeles, de mi memoria, venidas del locutorio, de la oscuridad, para llegar a la luz, al patio. Y en paradas sucesivas cada vez más pobladas.

Cada vez más compañía en este viaje con destino cierto, y paradójicamente sin final.

Ustedes ahora nos llevan del valle a las altas montañas, de la mano iremos.

Para mí, hombre del mar, este valle casi me apuna, sin embargo con ustedes seguiré subiendo, en ustedes me recostaré y sé que andaremos el camino –éste y cualquier otro– y que tendremos otro oasis en la próxima parada, encenderemos la hoguera, iluminaremos la Memoria, compartiremos el espacio y la palabra con caras nuevas, más cerca del cielo.

Ya no tendré que hacerme la pregunta: ¿de qué podrá servir el contenido de mis alforjas?

Allá vamos.





*Cuando se reprime la libertad
brota el ingenio*

REGISTRAR LOS DÍAS PARA NO OLVIDAR

Un archivo personal para la memoria de la humanidad³

Luis Carlos Toro Tamayo⁴

Tras la pérdida de sus derechos civiles, Jorge Tiscornia es recluido en una penitenciaría que por paradójico que suene lleva por nombre “Libertad”. Una vez allí, y durante 4646 días, este hombre emprende un registro minucioso de su vida durante un periodo que el mundo conoció como la Dictadura Cívico-Militar en Uruguay.

Cuando se reprime la libertad brota el ingenio. Y es justo de este tipo de experiencias que observamos con curiosidad los almanaques que Tiscornia construyó para no olvidar los detalles de lo que fue su vida en prisión, y cómo estos momentos fueron escritos en pequeños papeles que posteriormente serían guardados por él mismo en las suelas de los zapatos de madera que usaban los presos para ducharse.

Un soporte de la memoria de tales características constituye un legado para las generaciones futuras que, lejos de poder comprender lo vivido por estos individuos, nos permite acercarnos a registros personales que evidencian el aislamiento social y la represión a manos de un sistema de gobierno que buscaba a toda costa perpetuar un modelo antidemocrático.

³ El presente texto es un avance del proyecto “Atlas visual de la memoria: repositorio digital de memorias” (segunda fase), de la línea Memoria y Sociedad del Grupo de Investigación en Información, Conocimiento y Sociedad de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, que cuenta con la colaboración del Museo Casa de la Memoria y con aportes del Comité para el Desarrollo de la Investigación – CODI, de la Universidad de Antioquia.

⁴ Doctor en Langues et Littératures Romanes y Doctor en Estudios Latinoamericanos de l’Université Paris Ouest Nanterre - La Défense y la Universidad de Chile, Magíster en Lingüística e Historiador de la Universidad de Antioquia. Profesor Asociado de la Escuela Interamericana de Bibliotecología, Miembro del Grupo Información, Conocimiento y Sociedad y del Grupo Estudios Lingüísticos Regionales de la Universidad de Antioquia. lcarlos.toro@udea.edu.co

Los archivos personales como evidencia del pasado

Así como los archivos personales que conservan los familiares de las víctimas del conflicto armado en Colombia, y que están compuestos por documentos, registros de identificación, cartas, objetos de diversa naturaleza, prendas de vestir, fotografías, entre otros, *El Almanaque* de Jorge Tiscornia contiene los elementos que le dan forma a un recuerdo que es narrado mediante códigos que surgen espontáneamente durante el encierro al que es sometido este sobreviviente.

Para Aby Warburg (2010), los símbolos que la humanidad crea poseen una energía *mnémica* capaz de crear asociaciones comunes entre culturas. Dichas construcciones forman parte de la memoria cultural de la humanidad que está asociada a la manera en la que cotidianamente nos relacionamos con nuestro entorno natural y social. Según Astrid Erll (2012), estos símbolos pueden llegar a crear una comunidad trascendente del recuerdo que con el tiempo pasará a ser parte de los repertorios de memoria que nos ayudarán a comprender el pasado, incluso en casos como el de Tiscornia, que construyó un almanaque con la intención de no olvidar, y hoy se convierte en el recuerdo compartido de todos los que estuvieron presos durante la dictadura uruguaya y en “Memoria del

Mundo”, al ser reconocido “Patrimonio Documental de América Latina y El Caribe” por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO.

Mediante marcas o dibujos que minuciosamente fueron registrados día a día, este *Almanaque* nos descifra aspectos como las visitas, los días en los que se programaban actividades deportivas, el cine, escuchar música y salir al patio. También registra la salida de compañeros del penal, el decomiso de algún objeto en las celdas, los interrogatorios, las sanciones, entre muchas otras. Se destaca especialmente las marcas en X que hay en cada número del *Almanaque*. En esta acción se puede apreciar el contar de los días, la manera en la que el tiempo pasa y las esperanzas de libertad se esfuman.

Para Elisabeth Jelin (2002), es importante diferenciar entre el sujeto que rememora, el contenido que se recuerda y el cómo y el cuándo se recuerda. Esos tres ejes, asociados a la percepción temporal y espacial que Andreas Huyssen relaciona como categoría interpretativa de la memoria (2002), nos permiten comprender que en los recuerdos existe un alto grado de subjetividad, pero que la mayoría de las veces los recuerdos construidos por los individuos hacen parte de unas memorias que se nutren de lo colectivo en cuanto vivencias personales, lazos sociales, creencias culturales, patrones de comportamiento social, sentimientos y emociones, que hacen parte del cúmulo de experiencias compartidas que construimos a lo largo de nuestras vidas.



Lo anterior sin desconocer las causas que detonan los recuerdos y, por supuesto, las circunstancias en las que se construye una memoria de los momentos vividos, que para el caso de este archivo personal, determinan el contexto en el que se producen estos registros y la manera en la que debemos leerlos para comprender los hechos que marcaron este momento histórico. Lectura aparentemente distante en el tiempo por el tipo de situaciones que marcaron los Golpes de Estado del Cono Sur y Centro América, pero vigentes hoy para analizar las actuales coyunturas políticas que aquejan nuestros países latinoamericanos.

Cuando escribimos no sabemos cuál será el destino de nuestras ideas. Es la reflexión que surge al ver estas pequeñas piezas que narran cronológicamente los momentos más crudos del presidio, pero también los más cotidianos. Aquellos que nos muestran los instantes que le dan sentido a la vida, incluso cuando se ha perdido la libertad. Registros que sin duda son nuevas narrativas que debemos interpretar, y por supuesto preservar, pese a lo complejo que pueda llegar a ser por el tipo de estructura, soportes y contenidos documentales.

Debemos tener en cuenta que para el caso de los archivos de Derechos Humanos que actualmente están

siendo estudiados, de los cuales la gran mayoría han sido construidos en situaciones extremas por personas a las que la violencia les ha arrebatado parte de sus vidas, importa más el contexto de producción de la información que el tipo de soporte. Por ejemplo, los archivos personales de las víctimas del Conflicto Armado en Colombia son en su mayoría fragmentos que quedaron de la guerra, es decir restos, incluso cenizas que sobrevivieron a los destrozos de la guerra.

Lo anterior para aclarar que al situarnos frente al *Almanaque* estamos, sin dudar un solo minuto, frente a la evidencia de lo que quedó después de años de lucha, del asedio de los guardias de la penitenciaría, del sigilo de su creador al guardarlos cuidadosamente dentro de unos suecos de madera, desconociendo incluso si las condiciones físicas en las que estaba guardando estos documentos aguantaría el paso del tiempo. De la manera en la que fue elaborada cada pieza, de cómo fue almacenada, del miedo a ser descubierto, del deber de memoria, de todo este proceso, y de Jorge Tiscornia en especial, sacamos hoy las más bellas enseñanzas de cómo hacer que la memoria perviva y de la responsabilidad que este individuo asume con la humanidad para narrarle de una manera particular lo que significó la dictadura en Uruguay.

Consideraciones finales

Estamos pues ante un milagro. Ante una caprichosa decisión del destino que permitió que aquellos zapatos de madera no se extraviaran y con ellos uno de los registros más importantes del mundo de la vida en reclusión de un preso político. Sabemos que muchas huellas del pasado han sido destruidas, pero que este registro permanecerá ahora como evidencia de lo que fue este momento de la historia, nos da esperanza suficiente para pensar que en nuestro país habrá cientos de historias que esperan ser descubiertas, o que aún permanecen en silencio esperando el momento oportuno para develarse ante nosotros.

Las memorias individuales son una oportunidad para que la sociedad logre reconstruir una memoria colectiva capaz de evidenciar las atrocidades de la guerra y con ello evitar que esta se repita. Este relato, que es ahora patrimonio de la humanidad, constituye un ejemplo a seguir y significa para quienes trabajamos en defensa de los derechos humanos una nueva evidencia para que la memoria persista y que los archivos sean el instrumento mediante el cual se alcance la tan anhelada justicia social.

Referencias

- Erll, A. (2012). Memoria colectiva y culturas del recuerdo: estudio introductorio. Uniandes. Capítulo II.
- Huysen, A. (2002) *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. (2002) “¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?”, en: *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Warburg, A. (2010). *Atlas Mnemosyne*. Madrid: Akal.

κ κ κ

Cuando escribimos no sabemos cuál será el destino de nuestras ideas. Es la reflexión que surge al ver estas pequeñas piezas que narran cronológicamente los momentos más crudos del presidio, pero también los más cotidianos





κ κ κ

*Saber de la historia de sus zuecos me
movilizó una zona de los recuerdos. Tenía
muy presente el registro sonoro de aque-
llos zuecos que resonaban en mi memoria
con su toc-toc*

RESONANCIAS

José Pedro Charlo⁵

Hace algunos años leí el libro *Vivir en Libertad* de Jorge Tiscornia y Walter Phillipps Treby (2003). Ahí me enteré, en un artículo escrito por Jorge, de la existencia de sus almanaques. En realidad lo que más me llamó la atención fue la historia de sus zuecos. Hasta ese momento solo tenía de Jorge un conocimiento visual lejano. Si bien coincidimos durante años en el mismo Penal, por las condiciones de compartimentación existentes no nos pudimos conocer. Recién nos conocimos a veinte años de haber sido liberados. Saber de la historia de sus zuecos me movilizó una zona de los recuerdos. Tenía muy presente el registro sonoro de aquellos zuecos que resonaban en mi memoria con su toctoc, como para que me impresionara saber que eran parte de una historia increíble. Esto fue lo que provocó mi interés inicial, el que se fue profundizando con el conocimiento de ese registro personal alimentado y ocultado durante más de 12 años, cuatro mil seiscientos cuarenta y seis días.

⁵ Cineasta, realizador, productor y docente. Dirigió el largometraje documental *El Almanaque*. Fue productor desde Uruguay de la muestra *El Curso de la Huella*.

Toda la vida condensada en esos almanaques no admite una lectura ligera, superficial

Cuando leí el libro de Jorge y Walter estaba nutriéndome de elementos con la intención de hacer una película documental sobre el Penal de Libertad. Me resultaba difícil encarar el tema por lo amplia y diversa que era esa realidad. Muchos años de prisión política, más de 2800 presos, visiones muy fragmentadas según el lugar donde cada uno se encontrara en esa cárcel. Era un todo muy amplio. No me imaginaba algo que fuera más allá de lo testimonial, pero era complejo. El hallazgo que realicé al leer el libro fue el de una historia muy personal, muy potente, que le daba interés y sentido a un relato cinematográfico. El contenido de esos almanaques, la motivación para hacerlos y ocultarlos tanto tiempo, era un misterio a resolver y un potente estímulo para la imaginación. Una historia que no pretendía contar la vida en el Penal con una intención totalizadora, pero que al ser tan personal y abarcativa, abría la posibilidad de múltiples aportes, lecturas e interpretaciones.

Desde el comienzo del proceso de la película –proceso largo, todos estos procesos son largos– encontré en los almanaques de Tiscornia un valor especial: es una obra sostenida a partir de la iniciativa individual y de las percepciones personales acerca de lo que iba ocurriendo. Tiene ese valor extraordinario de expresar y preservar la subjetividad de su autor a través del registro cotidiano, independiente de si existió o no esta decisión en forma consciente, en un contexto en el que esa expresión debía ser ocultada para salvarse.

La persistencia en el tiempo del registro también me impactó mucho. Es desmesurado. Es muy difícil concebir la continuidad de un registro de estas características por tanto tiempo, más de 12 años. Cuando comencé a leer los almanaques las hojas iniciales fueron pasando con cierta facilidad, tenían unas pocas anotaciones, su lectura parecía ser muy fácil. Después el ritmo de lectura se fue enlenteciendo. Tardé en darme cuenta lo que sucedía. El paso del tiempo que se va haciendo sentir. Toda la vida condensada en esos almanaques no admite una lectura ligera, superficial.

El proceso de realización de la película me estimuló a recordar situaciones de la cotidianeidad en la cárcel que tenía totalmente olvidadas. Es increíble darse cuenta de todo lo que puede el olvido y a la vez cómo se activa la memoria cuando hay un disparador fuerte que la estimula.

También me di cuenta que mi vínculo con los almanaques en la película suponía una intervención sobre ellos. Buscar líneas de desarrollo, hacer énfasis en determinados aspectos, supone una lectura personal del documento presentado. Esta forma de lectura de los almanaques estimula naturalmente otras lecturas personales que significan otras tantas intervenciones sobre los mismos. Y que producen nuevas obras, nuevos textos. Así, ese instrumento icónico que creara Jorge toma vida más allá de él. Lo mismo que sucede con una película, con un libro o con cualquier obra.

En síntesis, me di cuenta que los almanaques permiten un abordaje activo o interactivo de la historia a la que se refieren. Son una posible plataforma para un relacionamiento distinto con el pasado reciente.

En la entrevista que filmáramos con Walter Phillipps-Treby para la película, que finalmente no utilizamos en la misma, él nos contó una experiencia que me pareció muy significativa. A lo largo de sus años de trabajo como docente en la Facultad de Psicología siempre había hecho un test a los recién ingresados. Ese test básicamente consistía en construir una línea del tiempo desde 1950 hasta el presente con los hechos que a cada uno le resultaran más significativos. Un resultado que se repetía año tras año era que nadie anotaba nada entre 1973 y 1985. Seguramente esto que pasaba con los estudiantes de psicología se puede trasladar a muchas otras actividades. Quizás la publicación de los almanaques sea una ayuda para el dibujo de una época. Y la propuesta de intervenir sobre ellos contribuya a darle contenidos a ese agujero social que provocó la dictadura.

Para la filmación de la película construimos una exposición con gigantografías de los almanaques en la Galería a cielo abierto del Parque Rodó que tiene el Centro de Fotografía –CdF–. Allí filmamos una escena con Walter que veía por primera vez los contenidos de los almanaques. Uno de sus comentarios fue cómo

lo impresionaba la importancia del cuerpo en los registros de Jorge. Esa mirada singular me llevó a pensar en la necesidad de buscar otras miradas sobre los mismos. Los almanaques son registros complejos que permiten múltiples lecturas.

Que nos podamos detener un tiempo en estos registros mínimos, que nos dejemos impresionar por lo que dicen o lo que insinúan es una forma de ensanchar un acervo tan intangible como imprescindible. Un acervo nacido en esa necesidad, tan vieja como el hombre, de marcar nuestra huella y el paso del tiempo.

Significaba instalar en Medellín una obra muy particular de un país muy pequeño de América y con una historia política muy distinta a la de Colombia.

Resonancias otras

El registro de lo cotidiano en los almanaques que hiciera Jorge durante 12 años tiene un potencial movilizador y creativo muy significativo. Fueron realizados en un contexto de aislamiento total, en una pequeña celda. Escondidos en la cavidad de unos zuecos de madera. ¿Cómo es posible que desde ese aislamiento y encierro se pueda comunicar? Más aún, ¿cómo es posible que se pueda comunicar decenas de años después de haber sido realizados?

Hay una idea fuerza en esos escritos mínimos, que es la necesidad de registrar lo que pasa, lo que nos pasa. Y esa necesidad surge del interior de nuestra humanidad, más allá de los raciocinios y la situación en que estamos. Esa necesidad tiene distintas formas de expresión y a su vez las estimula, produce nuevos conocimientos. Por estos motivos, entre otros, la UNESCO declaró a los registros de Jorge Tiscornia como parte de la Memoria Histórica de América Latina.

El reconocimiento de la UNESCO sin lugar a dudas es un hecho significativo para la difusión nacional e internacional de la obra de Jorge. Pero hay otros hechos en el recorrido de los almanaques tan o más significativos

que ese reconocimiento, hechos que muestran la potencialidad de los mismos cuando son apropiados por gente de distintas realidades, estimulando nuevas búsquedas.

Uno es una experiencia personal en las actividades preparatorias de la difusión de la película. Alguien nos sugirió hacer un pre-estreno de la película en la ciudad de Libertad, que es la localidad que está más involucrada por cuestiones de cercanía con el Penal que lleva su nombre. Entonces propuse hacer un taller sobre narrativa documental en un bachillerato artístico de la ciudad. Una pequeña ciudad que fue “invadida” por el Penal donde iríamos los presos políticos. Era un grupo de unos 20 muchachos de entre 15 y 16 años. Les mostré el tráiler de la película y les planteé un desafío: investigar cómo era la cotidianidad en la ciudad en los años que Jorge escribía los almanaques. Los muchachos se entusiasmaron. A las semanas me invitaron para una proyección del resultado de su investigación: seis cortos que hablaban de la cotidianidad de la ciudad en esos años desde muy distintos puntos de vista. Recuerdo dos que me llamaron mucho la atención: uno hablaba sobre una revista de

humor, que yo desconocía, y los mecanismos de la censura. Otro sobre el fútbol como forma de expresión popular en una época donde cualquier expresión popular estaba prohibida. Libertad fue una ciudad avasallada durante la dictadura a partir de la presencia abrumadora de un importante contingente militar permanente que custodiaba la cárcel. Los ecos de esa presencia todavía se sienten. Por esto me pareció muy sugestivo el título que los muchachos le dieron a su muestra: “Basta de eufemismos para hablar de dictadura”.

Otra experiencia fundamental, profundamente enriquecedora, fue la que se dio en Medellín con la instalación en el Museo Casa de la Memoria de la muestra *El Curso de la Huella* y la exhibición y posterior debate en las Universidades de Antioquia y la Pontificia Bolivariana de la película *El Almanaque*. Significaba instalar en Medellín una obra muy particular de un país muy pequeño de América y con una historia política muy distinta a la de Colombia. Realmente la decisión de invitarnos a estas actividades fue de una audacia muy destacable. El concepto de la exposición armada en el Museo planteaba desde la instalación el desafío: los registros de la vida cotidiana como una forma de lectura de la realidad, en el medio de las investigaciones del presente y sus historias. El diálogo se produjo natu-

ralmente. Estimulando la curiosidad por conocer realidades y experiencias de países muy distintos. Que algo de esto sea motivado por esos pequeños papelitos trabajosamente ocultados y preservados durante años en una prisión militar uruguaya, es fantástico.

El diálogo con Medellín desde esa lógica del registro de lo cotidiano despierta el interés, por ejemplo, de saber cómo han vivido esos barrios, contruidos en las alturas de la ciudad, las décadas de violencia social y política. Cómo han resuelto sus necesidades básicas, cómo vivieron los cambios de los distintos grupos de poder. O saber, si nos instalamos rápidamente en el presente, cómo impactó en la vida cotidiana de esos barrios populares la llegada del metro cable. Algunas respuestas las encontramos en el Museo, un lugar excepcional para trabajar el tema de la memoria. Su exposición permanente es de una riqueza increíble, producto seguramente de una prolongada y creativa elaboración colectiva. Un lugar donde hay que volver una y otra vez con la certeza de que siempre hay más para profundizar, más relaciones por establecer, más cosas por conocer. Un lugar integrador, abierto, una apuesta a este nuevo desafío de la paz que está emprendiendo Colombia y que despierta el interés y la expectativa de América Latina.

EL ALMANAQUE: UN DOCUMENTAL PARA LA RESIGNIFICACIÓN DEL TIEMPO⁶

Ana María López⁷

El documental *El Almanaque*, es una pieza audiovisual que hace parte de la exposición del mismo nombre que cuenta la historia de Jorge Tirsconia. La necesidad de que exista un documental para contar esta historia obedece a la importancia de tener en otro soporte el relato que da cuenta de las circunstancias que rodearon la construcción de los almanaques y su posterior aparición pública. Desde su experiencia audiovisual con trabajos de memoria como *A las cinco en punto* (2004) y *El círculo* (2008), José Pedro Charlo, su director, entendió que para dar cuenta de la historia no bastaba con tener la evidencia de los

almanaques y la documentación en torno a la experiencia de detención, hacía falta el relato de Jorge, su reflexión sobre este registro y, en suma, la historia de su vida. Es por esto que podríamos decir que el documental trasciende la historia de los almanaques y nos permite conocer a Jorge en otras dimensiones.

“La memoria borra más acontecimientos de lo que uno se imagina, para reconstruirla hay que utilizar todos los recursos posibles”
sentencia José Pedro en voz en off al inicio

⁶ Esta reflexión hace parte de proyecto “El concepto de realidad en el documental” realizado por la línea de narrativa del Grupo de Investigación en Comunicación Urbana –GICU– y avalado por el Centro de Investigación para el Desarrollo y la Innovación –CIDI– de la Universidad Pontificia Bolivariana sede Medellín.

⁷ Profesora Asociada Universidad Pontificia Bolivariana. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile y la Universidad Paris Sorbonne, Magíster en Lingüística y Comunicadora Social – Periodista de la Universidad de Antioquia. Miembro del Grupo de Investigación en Comunicación Urbana GICU.

El director José Pedro Charlo, quien también estuvo detenido en el mismo penal y en la misma época, recordaba el sonido de los suecos que ocultaron los diminutos papelitos que registraron uno a uno los días en el penal pero no conocía al protagonista ni los detalles de la elaboración y posterior encuentro con los almanaques. Es por esto que parte de la exigencia

en este documental es que logra dimensionar lo riesgos que implicó la realización de los almanaques que registraban la vida como un hecho de resistencia, así como otras expresiones artísticas que le permitieron a los presos vivir la larga detención sin desfallecer.

“La memoria borra más acontecimientos de lo que uno se imagina, para reconstruirla hay que utilizar todos los recursos posibles” sentencia José Pedro en voz en off al inicio del documental. A partir de este planteamiento entendemos que las estrategias con las cuales se construyen parte de las secuencias del documental se compongan de múltiples recursos que están a la vez en función de la narrativa pero que sobre todo, buscan poder reconstruir la memoria de ese período.

La experiencia ocurrida hace más de veinte años atrás debe ser reconstruida desde el presente con lo que esto significa, es decir, los olvidos, los silencios, la resignificación de los hechos y en general el paso del tiempo. Una de las principales materias primas del cine es el tiempo, a través del cine el tiempo es reorganizado y el presente y el pasado conviven en una dimensión que los acerca y que les permite dialogar. Es quizá por esto que el cine es un soporte privilegiado para hablar

del pasado, así lo plantea Aprea en su libro *Documental, testimonios y memorias: Miradas sobre el pasado militante* cuando afirma que “la relevancia de los lenguajes audiovisuales en la reconstrucción del pasado no se sostienen únicamente en su masividad: también se relacionan con una modificación en la percepción del mundo” (2005, p. 18).

El documental trabaja con recursos audiovisuales diversos, entre ellos las imágenes de archivo, entrevistas, observación, animación, la puesta en escena del regreso a los lugares donde tuvieron lugar los hechos, los archivos personales, pero principalmente trabaja con la presencia del protagonista y con la voz del director. Estos dos últimos elementos, la presencia de Jorge y la voz de José Pedro, nos conducen por una narración paralela. Ambos están vinculados por la experiencia de detención en el Penal de Libertad pero al mismo tiempo cada uno tiene una vivencia y unos recuerdos únicos. Cada uno hace un ejercicio de memoria singular a través del cual dialogan. Así como los almanaques dan cuenta de la cotidianidad de la detención, a su vez el documental da cuenta de la existencia de los mismos, y de la historia de Jorge.

Todos estos recursos nos permiten conocer detalles de lo que rodeó las circunstancias de la detención.

Pero es necesario aclarar que el uso de estos recursos se hace necesario como parte del ejercicio cinematográfico que trabaja con el pasado y básicamente con la ausencia de las imágenes del pasado. Las imágenes de archivo que se incluyen en el documental corresponden solo a dos momentos diferentes: el día final de la detención y las declaraciones de Charles Serralta para la televisión francesa en las que cuenta detalles de la detención. Sin embargo, el uso del archivo es restringido, no solo como una decisión del director sino porque como él mismo lo dice, las imágenes son pocas, y adicionalmente podríamos señalar que poco dirían estas imágenes de lo que realmente vivían los detenidos. Más bien de lo que se trata al incluir los registros de la época es intentar demostrar que lo que tiene mayor relevancia en la historia ocurre por fuera de campo visual y que solo es posible conocerlo a través de la narración de quienes vivieron dichos acontecimientos.

Así mismo, se hace uso de otros materiales visuales de la época como por ejemplo los dibujos de Elbio Ferrario, quien muestra a través de sus obras los cambios de las emociones en el tiempo de la detención, lo cual coincide con lo que Jorge y José Pedro cuentan a lo largo del documental. Como lo mencionamos

anteriormente la narración en la voz de protagonista y su vida del presente se convierte en el elemento principal de la reconstrucción; la voz que cuenta lo que se recuerda y la voz en off del director que incluye la reflexión sobre lo ocurrido.

En el caso de experiencias de tan difícil transmisión, el documental se convierte en un medio que por sus características permite acceder a ciertos secretos que los seres humanos guardan, incluso para sí mismos. Tras la idea de contar la historia de la experiencia de detención, el documental nos permite conocer a quien hizo los almanaques y nos permite comprender las razones por las cuales los hizo. Más allá de explicar por qué hizo el registro o cuál fue la necesidad que lo llevó a hacerlo, en la medida que vamos conociendo a Jorge, su carácter, sus obsesiones e incluso su historia personal, encontramos que fue una necesidad la que le permitió elaborar de manera sistemática dichos almanaques asumiendo el riesgo que esto conllevaba. Esto se hace evidente en las secuencias del presente de la vida de Jorge, la pasión y dedicación con la que registra los atardeceres sistemáticamente, nos hacen pensar que el registro de lo cotidiano es parte de la entereza con la que asume la vida cada día.

A través del cine el tiempo es reorganizado y el presente y el pasado conviven en una dimensión que los acerca y que les permite dialogar

Como plantea Niney, “lo que investiga el documentalista no es contar el encadenamiento de los hechos ni poner el material de archivo en duda, es comunicar lo vivido y el punto de vista de uno o varios actores del drama, el eco interior de la batallas: no la guerra hecha, sino la guerra padecida”. (Niney, 2009:401). Así el documental no se concentra en explicaciones ni en informaciones sobre el pasado dictatorial del país, sino en la resignificación del tiempo y de la experiencia de sus protagonistas.

Lo valioso de la historia es que fue una forma de resistencia pues el acto en apariencia sencillo, anodino y cotidiano de registrar los hechos cobra una significación mayor en el contexto en el que se realizó. Cada hecho registrado, cada imposición o modificación en la rutina de la detención quedó registrada minuciosamente con un código que se fue configurando en la elaboración misma. A través de este ejercicio cada día tiene un matiz que desafía la homogenización del tiempo en detención. Es el caso de las pérdidas que señala por ejemplo la

marca “kaput” en los almanaques, un hecho que como confirma el protagonista, se hizo cada vez más frecuente.

Con la manera en la que el documental se aproxima a la vida del protagonista es posible pensar que el impulso del registro hizo parte de las convicciones de Jorge, de su capacidad de realizar esta tarea sistemáticamente, de su necesidad de memoria, o mejor de la conciencia de la fragilidad de la misma. Hechos que por su impacto, aunque quedaron registrados en el almanaque, al preguntar por ellos en la entrevista Jorge prefiere no recordar, no obstante este vacío en la reconstrucción está seguido de una reflexión sobre sus consecuencias, lo cual describe como un silencio a posteriori de algo que se va apagando. Aunque un texto aclara para el espectador que se trató de la muerte de un interno a manos de otro, lo que queda claro es que se trató de una circunstancia extrema al interior del penal, y que a pesar de estar registrado no se trata de reconstruir los detalles de los hechos sino más bien, como lo hemos señalado, de la reflexión que este vacío permite elaborar en el presente.

Conocer detalles de cómo se hicieron los almanaques y su salida a la luz nos hace pensar que la intención no fue necesariamente generar un registro histórico, que permitiera dar cuenta del día a día en prisión. Por el contrario, el hecho de que los suecos

permanecieran guardados durante varios años después de que su autor recuperara la libertad revela que su elaboración estuvo más vinculada a las necesidades de ese momento que a la búsqueda de crear algo para la posteridad. La sistematización de hechos cotidianos en el tiempo en detención permitió diferenciar los días en medio de un castigo que busca la normalización y la homogenización del tiempo. Y esta decisión hace parte del carácter con el que Jorge enfrentó la situación, y así expresó tras la proyección del documental en la Universidad Pontificia Bolivariana cuando dijo: “yo no sobreviví esos 4.646 días, yo los viví”.

Referencias

- Niney, F., & Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Estudios Cinematográficos. (2009). *La prueba de lo real en la pantalla: ensayo sobre el principio de realidad documental*. (M. Bustos García, Trad.). México: UNAM, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos.
- Apra, G. (2015). Documental, testimonios y memorias: miradas sobre el pasado militante. Buenos Aires: Manantial.

HECHOS DE existencia

50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX



HECHOS DE existencia

50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX



Hechos de existencia es un archivo que recoge imágenes fotográficas de Fernando Cuevas Ulltzech de algunos barrios periféricos de Medellín, Bogotá y Cali, a finales de la década de los noventa y principios del dos mil. Allí aparecen las huellas de sus habitantes, de la recursividad, la memoria de lo perdido o lo ausente, el ejercicio de poder, la vida en cuervos y ratones. Se presentan junto a documentos que hacen parte del CRAM, textos sobre el conflicto urbano, el narcotráfico, la transformación de los barrios, la convivencia ciudadana y los derechos humanos en el presente.

El archivo **plannedo** se materializa en un orden, crece según unos criterios preestablecidos y registra ese crecimiento. El archivo **habitado** es al mismo tiempo confluencia de recuerdos azarosos, de quienes llegan buscando algo específico, y dejándose sorprender por los encuentros fortuitos.

En esta exposición **el barrio es archivo** de huellas que van quedando como superposición espontánea y conflictiva del habitar, y **el archivo es barrio** que invita a ser habitado, a adentrarse en él con curiosidad. A recorrerlo como si sus estanterías fueran laberintos, a entrar en los libros, sin permiso, como si fueran ventanas a entrar en los vecinos, como si fueran ventanas a inquietantes habitaciones, a conversar con los documentos, como si fueran testigos. A dejar la huella propia sobre las fotografías, como si fueran muros en los que cada quien va dejando su declaración de existencia.

50 52 TMX 50 52 TMX 50 52 TMX



HECHOS DE EXISTENCIA

Hechos de existencia es un archivo que recoge imágenes fotográficas de Fernando Cuevas Ulitzsch de algunos barrios periféricos de Medellín, Bogotá y Cali, a finales de la década de los noventa y principios del dos mil. Allí aparecen las huellas de sus habitantes, de la recursividad, la memoria de lo perdido o lo ausente, el ejercicio de poder, la vida en cuerpos y rostros. Se presentan junto a documentos que hacen parte de la colección bibliográfica del CRAM, textos sobre el conflicto urbano, el narcotráfico, la transformación de los barrios, la convivencia ciudadana y los derechos humanos en el presente.

El archivo *planeado* se materializa en un orden, crece según unos criterios preestablecidos y registra ese crecimiento. El archivo *habitado* es testigo de rutas certeras, de quienes llegan buscando algo específico, y al mismo tiempo confluencia de recorridos azarosos, de quienes disfrutaban dejándose sorprender por los encuentros fortuitos.

En esta exposición *el barrio es archivo* de huellas que van quedando como superposición espontánea y conflictiva del habitar, y *el archivo es barrio* que invita a ser habitado, a adentrarse en él con curiosidad. A recorrerlo como si sus estanterías fueran laberintos; a entrar en los libros, sin permiso, como si fueran casas ajenas; a ojearlos con mirada voyerista, como si fueran ventanas a inquietantes habitaciones; a conversar con los documentos, como si fueran testigos. A dejar la huella propia sobre las fotografías, como si fueran muros en los que cada quien va dejando su declaración de existencia.

II

*Fernando Cuevas Ulitzsch*⁸

Yo estaba en silencio.

*El tiempo crecía en silencio
en el mundo todavía oscuro.*

*No era mi cuerpo el que hoy tengo,
todavía.*

No había dolor ni compasión ni miedo,

No había paz, ni falta de paz,

*aún no había amor, ni falta de amor –nunca
tal vez habrá sabiduría–.*

Despuntaría pronto el día

y surgirían con él

aquellas vidas que serían la mía

Tomás González

Manglares

(Alfaguara, 2013)

⁸ Fotógrafo. Es un Piscis clásico y hace poco descubrió que su ascendente zodiacal supuestamente es Leo (aunque no se lo termina de creer). Artista. Se declara incapaz de decirle que no al chocolate y a dejar pasar a su gato sin abrazarlo y estriparlo en ridículas sobredosis de cariño. Creador. Ha entregado parte de su capacidad auditiva a Depeche Mode y a Gustavo Cerati. Docente. Lloro como un niño con ciertas piezas de música clásica del Renacimiento. Nace en Bogotá, de padre chileno y madre alemana. Escritor. Se identifica como colombiano por elección. Comunicador Social con énfasis en televisión educativa de la Universidad Javeriana. Es menos astuto de lo que imagina y más egoísta de lo que alcanza a reconocer. Especialista en Creación Multimedia de la Universidad de Los Andes. Colecciona escapularios. Magister en Artes Plásticas y Visuales de la Universidad Nacional de Colombia. Seguramente porque le faltaron abrazos siendo bebé, todavía no le es posible medir su capacidad de hacer daño. Magister en Creación Literaria de la Universidad Central. Cree firmemente que los flamings y los koalas son los animales a los que más se parece.

*Las memorias tienen distintas duraciones,
como soplos, sin importar cuántas veces
podamos recordarlos ni de qué manera,
parecen infinitos en el tiempo interno, pese
a su corta extensión en el tiempo externo*

→ 44-42 TMX 40-38 TMX

36-34 TMX 32-30 TMX

→ 44-42 TMX 40-38 TMX



Recuerdo la sorpresa y el desconcierto de mi abuela Berta.

Cómo no podía entender lo que acababa de suceder, señalando con sus dedos –retorcidos por la artritis– la pantalla y la impresora sucesivamente.

No entiendo –repetía–.

Al ver que yo tampoco entendía de qué hablaba, abrió de un tajo un cañón de posibilidades y explicaciones en mi futuro con su inocencia:

¿Cómo puede “eso” que está ahí – señalando la metáfora de la hoja en Word–, salir de pronto acá, impreso?

El eco de su asombro acompaña mis reflexiones hasta hoy.

Como yo la acompañé con la mirada hasta que salió del cuarto, caminando jorobada bajo el peso de sus vivencias.

¿Cómo pueden estas memorias hechas imágenes y palabras mirarme ahora, desde esta infinita membrana que es la pantalla?

¿Cómo reverbera en fotografías la existencia de mundos que olieron a arepas recién hechas, y hoy son historia?

¿Cómo nos reflejamos en nuestras memoria hechas diarios, almanaques, ensayos, análisis y poemas, cada vez que desplegamos las hojas que los arboles regalan a los libros o a los paquetes de cigarrillos?

Siento cada una de las células de mi cuerpo. Mis extremidades responden a mis deseos y mi pecho se llena de oxígeno a voluntad. La vida se ensancha en mi tórax con cada respiro.

La simple inscripción de una cualidad a las sensaciones, tiene, gracias a esta mezcla, efectos en las relaciones con los demás, en la dirección de la propia conducta, y en la manera en que se entiende la existencia.

Existen momentos extraordinarios, fuera del electrocardiograma dibujado por la cotidianidad, que brillan como fuegos artificiales en el horizonte de nuestra memoria física y mental.

Algunos logran capturarse en palabras, imágenes... recuerdos, acciones.

Otros se desvanecen, como este instante desintegrado en 8 letras.

Las memorias tienen distintas duraciones, como soplos, sin importar cuántas veces podamos recordarlos ni de qué manera, parecen infinitos en el tiempo interno, pese a su corta extensión en el tiempo externo.

La fotografía, o mejor dicho, la captura visual de un parpadeo, es una de las mejores expresiones de tales instantes. Hay una particular percepción que nos aísla de todo tiempo externo. Hay una confluencia de la existencia en un instante que lo dota del peso de la eternidad.

A mi parecer, esto ocurriría con la finitud del rollo fotográfico en soporte análogo.

24 o 36 oportunidades asemejaban los minutos u horas que la existencia nos regalaba para disfrutarla (o para sufrirla si estabas encerrado en 5 metros cuadrados).

La relación de mi yo con el tiempo vivido siempre ha sido problemática, la sensación de ausencia de sentido me ha acompañado durante toda mi existencia consciente. Quizás como acompañaba a mi abuela.

Nunca como antes ha cobrado tanta relevancia la presión de la otredad: el otro jefe, el otro familia, el otro pareja, el otro captor, el otro vecino. No parece haber sentido en tanta apertura, en tanta vida para otros, más allá de la observación no siempre posible de los procesos, de las largas duraciones. De la vida misma.

Una imagen, un gesto, un clic o una simple X, parecieran ser anclas de

sentido en el huracán de la cotidianidad milenaria.

Entonces, la relación de nuestros recuerdos con la imagen, con la escritura, con la resistencia, con la memoria, sobrevive a los conflictos, porque miramos hacia atrás y queremos asomarnos hacia el adelante. Los instantes eternos en percepción, se traslapan por la duración llena de lenguaje que permite expresar sentido, de reflexión que facilita cierto control sobre la emoción. El instante reposa en el registro visual, en la huella del pensamiento hecho palabra o gesto y habita la duración.

Tenemos visiones de nuestra existencia inabarcable.

Hasta el impulso de hacer ¡clic!

Tenemos proyecciones de eternidad, de amor o indignación... hasta la muerte.

Hasta el siguiente punto aparte.

Atrapado entre el instante y la duración, entre sentir que le hallo sentido a algo en la obturación o la escritura, y sentir que soy dominado por la vida, en paralelos que se asemejan en que no hay control posible del flujo de tiempo, interno o externo.

Solo manejo su percepción,
la exploración de su expresión,
dotando de lenguaje al instante y
de absoluto al momento, en pos
de alivianar las secuencias que se
prolongan en responsabilidades
y recordatorios cotidianos.

Porque nos expresamos para
abrir candados.

Para huir de nuestras cárceles: las
de cemento las de nuestra unicidad.

Para unirnos en una memoria activa,
colectiva y viva.

Para acompasar deseo y acción.

Para pinchar la burbuja de la
imagen en el recuerdo, y aterrizarla
en este tiempo.

En esta duración que nos quebrará
inexorablemente, vencidos bajo el
peso de nuestras vidas.

*Una imagen, un gesto, un clic
o una simple X, parecieran ser
anclas de sentido en el huracán
de la cotidianidad milenaria*



LA VORÁGINE, EL MIEDO Y EL MILENIO

Ana Daza⁹

Tomar una fotografía es una oportunidad para lanzar una especie de caña, que permite dejar un hilo entre el futuro y el pasado. No hay mejor foto que la que es recuerdo, así sea del día anterior; la que nos lleva a lo que ya ha pasado. Y la conexión, el anzuelo entre hoy y antes, suele ser la imagen de personas que, o somos nosotros, o son los nuestros, o podríamos ser ellos, o ellas, o todos.

Las fotografías que conforman esta muestra fueron tomadas pensando en ser vistas en un futuro. Por la cantidad y frecuencia de muertes, desplazamientos y cambios, era generalizada el hambre de registrar la existencia. Durante la época en que se registraron las imágenes, los días de la ciudad estaban llenos de vértigo, de acumulación de emociones tan variadas como contradictorias, de sucesos. La certeza del cambio se podía agarrar con las manos.

⁹ Investigadora y consultora en temas de violencia, conflicto y organizaciones civiles. Compiladora e investigadora del documento Experiencias de intervención en conflicto urbano, Tomos I y II.

Nunca como entonces, entre los años 1997 y 2002, hubo tal densidad de actores que tomaron armas para defender una zona urbana o para tomarla por la fuerza. Se sumaba a la multiplicidad de protagonistas, un número importante de grupos e individuos que opusieron resistencia a estas acciones armadas con la palabra cantada, gritada o enunciada en reuniones para pocos, fuertes y bravos.

Estos cinco años en los que se tomaron estas fotografías estuvieron marcados por momentos de ebullición donde unos y otros trataban de controlar el cambio, de ganar de una u otra manera guerras grandes, guerras pequeñas, guerras que estaban en todas partes. Había muchos enemigos a vencer, incluso para algunos el enemigo eran las balas. Fueron años de negociaciones, de sancochos y paseos tratando de ganar por las palabras; y de armas largas amedrentando por horas la variada y resistente vida comunitaria.

Como lo indican las fotografías, en una o en otra orilla, guerrilleros urbanos, milicianos no desmovilizados, pillos, paramilitares y héroes armados de su voz y de razones, tenían más de una cosa en común. Muchos de ellos habían crecido en los mismos barrios, asistido a las mismas escuelas, recorrido las mismas calles, incluso algunos tenían relaciones familiares.

Durante la época en que se registraron las imágenes, los días de la ciudad estaban llenos de vértigo, de acumulación de emociones tan variadas como contradictorias, de sucesos. La certeza del cambio se podía agarrar con las manos.

Todos esperaban respeto, reconocimiento; estaban convencidos de representar a toda la comunidad. En muchos casos a la misma comunidad. La mayoría de ellos sentían que solamente ellos eran la espada de Dios; otros que Dios los protegía mientras enarbolaban solamente sus palabras.

Eran tantas las semejanzas que a veces se olvidaba el motivo de la guerra. Por qué un combo había empezado a matarse con otro, en otra generación lejana, como de 2 o 4 años antes...

Precisamente por las similitudes no eran extraños los casos de cambio de ideología, de bando o de arma. Algunos dejaban las armas para pasar a conversar de acuerdos, de no violencia, de paz, de desarrollo. Otros tomaban las armas, más afanados que los demás por ver cambios en su mundo.

Todos buscaban una sola cosa: un orden. Un sentido en el mundo. En su mundo. Mundos de dimensiones diversas, a veces superpuestas, en todas las ocasiones protegiendo lo que querían, a quienes querían, en una dimensión personal o colectiva de la ciudad, de la vida.

En la ciudad de cambio de siglo cada barrio vivía en un universo paralelo, con protagonistas y dinamizadores de la vida cotidiana que, por la misma naturaleza de los hechos que los motivaban, raramente abandonaban su cuadra



Muchas son las posibilidades de interpretar cómo y por qué la ciudad de Medellín llegó a este punto. Incluso existe la posibilidad de que todas las interpretaciones sean ciertas al tiempo. En la ciudad de cambio de siglo cada barrio vivía en un universo paralelo, con protagonistas y dinamizadores de la vida cotidiana que, por la misma naturaleza de los hechos que los motivaban, raramente abandonaban su cuadra. Se nacía, se crecía, se reproducía y se moría en un radio de menos de un kilómetro, siendo héroe de cuadra.

Era tal la intensidad y densidad que si algún protagonista de esta vorágine necesitaba protegerse, solamente tenía que cambiar de ladera, del occidente al oriente o del oriente al occidente y no importa lo famoso que fuera en su barrio, nadie notaría su existencia en su nuevo lugar de vivienda.

Tanta vida, tanto vigor.

Una semana podía sentirse como una década. Todos tenían afán, consciencia de muerte, y búsqueda de eternidad. Las motos a toda velocidad con la camiseta como bandera flameante del corto pasaron por el escenario compartido de la calle. Los jóvenes cuyo poder les permitía caminar sin que sus tobillos tocaran nunca el piso mientras los hombros se movían en una especie de baile al ritmo cardíaco. Las discusiones

por música que se tornaban ideológicas y el corte de pelo que determinaba la pertenencia, aunque fuera por hoy, a algún movimiento, grupo o tendencia.

Pese al sonido de las balas, en esta Medellín de cambio de siglo no dejó de sonar la música, no dejó de reunirse un parche sabroso en la esquina, las personas se casaron, se divorciaron, nacieron y envejecieron. En las paredes se escribió la espiral de movimientos y la sucesión abrupta de “manda barrios”.

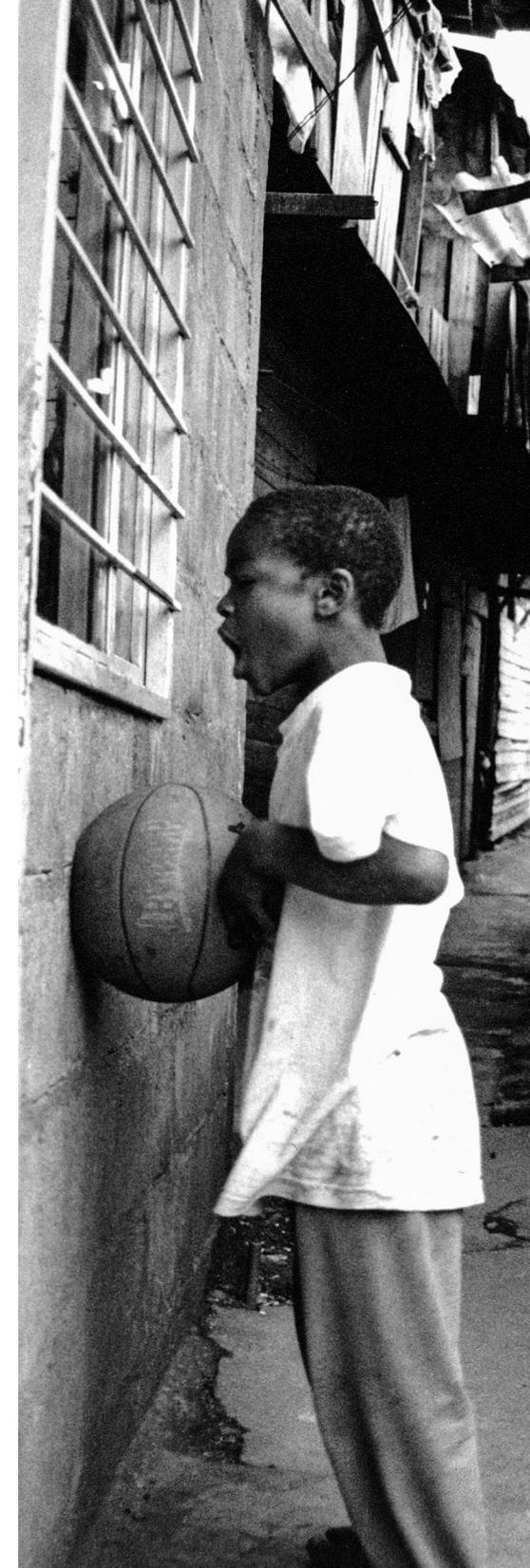
En medio de esta babilonia de poderes recuerdo haber acariciado la idea con otro par de investigadores canequeros de violencias, de abrir una oficina inmobiliaria cuyo valor agregado era conversar con el que gobernaba el barrio para evitarle problemas al cliente.

Este poder de las personas, difuso y poderoso como las mareas, no logró institucionalizarse y convertirse en gobierno o en alternativa política y pasar de los bordes del barrio a una oferta para toda la ciudad. Fue disuelto, dispersado, cubierto o eliminado por poderes más grandes y se deshizo en gotas aisladas, que expuestas al sol se secan. Vinieron los años, las cuentas y el fin.

Cuando recorro, 15 años después, calles defendidas con sangre, sudor y lágrimas, y veo edificios donde todo es nuevo, donde al parecer nada pasa, pienso en todos los que dieron sus vidas, su energía, su tiempo, su fe, a defenderlas. Y cambiaron, no había defensa posible. Y la eternidad duró poquito. Queda la foto para recordar, para conectar con el amor infinito con que muchos dijeron esta calle, este barrio, esta comunidad, es mía y la voy a defender.

Cuando usted mire estas fotos, coja la caña, vaya al pasado, viaje a mundos distintos, comunes, únicos y universales. Abraze a esta ciudad donde la primavera es eterna, donde la vida siempre está golpeándonos la cara.

Que el pasado no se repita disfrazado de futuro.



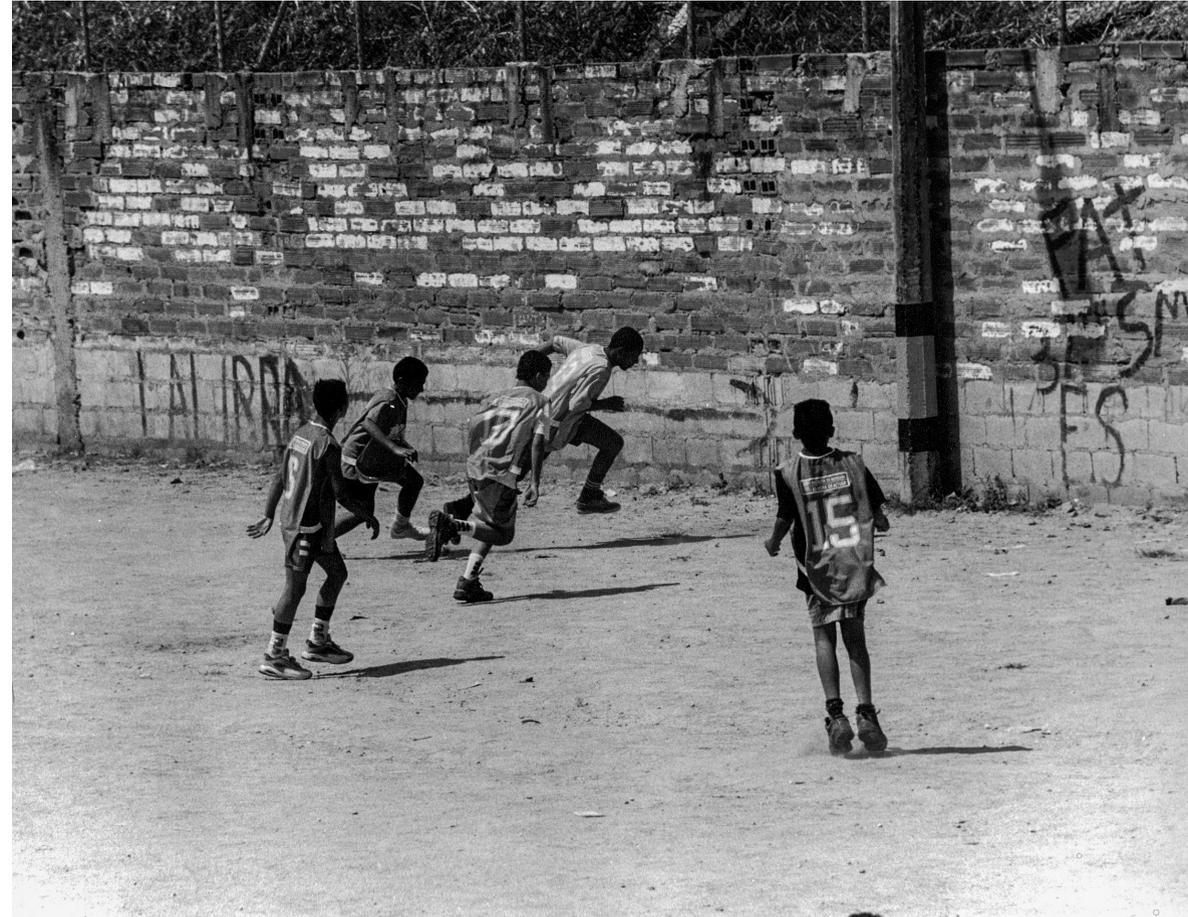
Pese al sonido de las balas, en esta Medellín de cambio de siglo no dejó de sonar la música, no dejó de reunirse un parche sabroso en la esquina, las personas se casaron, se divorciaron, nacieron y envejecieron.



.....

Queda la foto para recordar, para conectar con el amor infinito con que muchos dijeron esta calle, este barrio, esta comunidad, es mía y la voy a defender.

.....



PROYECTO EDITORIAL

EL CURSO DE LA HUELLA

Representaciones de lo cotidiano en los archivos de derechos humanos

**MUSEO CASA DE LA MEMORIA
MEDELLÍN, COLOMBIA**

Calle 51 # 36 – 66

www.museocasadelamemoria.gov.co

T. 57 4 5202020

Pimera edición 2017

ISBN - 978-958-59318-1-7

Todos los derechos reservados.

Este libro no podrá ser reproducido por ningún medio, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del Museo Casa de la Memoria.

Diseño gráfico:

Daniela López

Compilación:

María Cristina Paton

ALMANAQUE**Fotografías:**

Fotografías del Penal en funcionamiento, previo a la liberación de los presos políticos, año 1985: Jorge Tiscornia

Fotografías del proceso de construcción de los zuecos: Ramiro Ozer Ami

Reproducciones facsimilares de los

almanaques: libro El Almanaque de Jorge Tiscornia. Editorial Yaugurú, Montevideo, 2012

Registro fotográfico de la exposición:

Adriana Roca

Textos:

Jorge Tiscornia

José Pedro Charlo

Luis Carlos Toro

Ana María Gómez

HECHOS DE EXISTENCIA**Fotografías:**

Fernando Cuevas Ulitzsch

Registro fotográfico de la exposición:

Adriana Roca

Textos:

Fernando Cuevas Ulitzsch

Ana Daza

EL CURSO DE LA HUELLA**Textos:**

Melina Ocampo

Mariluz González

Fernando Hoyos

David Rincón

Edison Vargas

María Cristina Paton

Verónica Mejía

Impresión:

Apotema

CRÉDITOS EXPOSICIÓN

Un proyecto de:

Museo Casa de la Memoria –
Alcaldía de Medellín

En alianza con:

Escuela Interamericana de Bibliotecología
de la Universidad de Antioquia

Escuela de Ciencias Sociales de la
Universidad Pontificia Bolivariana

En asocio con:

Museo de Antioquia

Agradecimiento especial:

Intendencia de Montevideo
Centro de Fotografía de Montevideo

Museo Casa de la Memoria**Consejo Directivo Museo Casa
de la Memoria:**

Luis Bernardo Vélez Montoya –
Secretario de Inclusión Social y Familia

Valeria Molina - Secretaria de las Mujeres

Alejandro de Bedout – Secretario
de la Juventud

Luis Guillermo Patiño Aristizábal –
Secretario de Educación

Gregorio Posada Greiffestein –
Designado del Alcalde de Medellín

Teresita Gaviria Urrego – Presidenta
Madres de la Candelaria

Silvia Quintero – Mesa Municipal
de Víctimas

Dirección General:

Adriana Valderrama López

Museografía:

Isabel Dapena, Diana Lucía Rodríguez,
Catalina del Mar Rendón.

Curaduría:

Isabel Dapena

Co-curaduría:

Verónica Mejía

Investigación y Contenidos:

Melina Ocampo, Mariluz González,
Fernando Hoyos, David Rincón, Edison
Vargas, María Cristina Paton

Corrección de estilo:

David Rincón

Comunicaciones:

Liliana Gómez, Clara Botero

Diseño Gráfico:

Daniela López, Manuela García

Experiencias de Mediación y Educación:

Livia Ester Biardeau, Cindy Arboleda,
Víctor Muñoz, María Antonia Arango

Mediadores:

Alejandro Carmona, Orinda Mesa, Efrén
de Jesús Taborda, María Celmira Rivillas,
Francisco Álvarez, Mónica Peláez, María
Angélica Casadiego, Juan Pablo Bermúdez,
Tatiana Álvarez, Johan Sebastián Pabón,
Víctor Andrés Arroyave, Melissa Posada

MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

En asocio con:



En alianza con:



Escuela Interamericana
de Bibliotecología
Libro de Investigación Memoria y Sociedad



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Agradecimiento especial:





*Es increíble darse cuenta de
todo lo que puede el olvido y a
la vez cómo se activa la memoria
cuando hay un disparador fuerte
que la estimula.*

Jose Pedro Charlo

ISBN: 978-958-59318-1-7



9 789585 931817